

selva que le hablaban con voces de sibila evocadora: alimentos, armas, remedios, dioses y leyendas.

Y no conviene olvidar que los sentidos del salvaje son más perfectos que los nuestros. Hay en la Mongolia, al Norte, tribus que ven a simple vista los satélites de Júpiter (Pallas, Ribot). El guaraní veía la larva del *anchilostoma duodenalis* perforando el integumento del pie (*pi seboi*, 'gusanillos de los pies), siglos antes de que cierto sabio, en Egipto, la sorprendiera en esa donosa operación, a fuerza de microscopio, y no hay campesina, instruida por la tradición, desde el coloniaje, que desconozca el poder vermífugo del genopodium, otro descubrimiento muy parecido al del sabio del microscopio...

Y, experiencias aparte, la intuición pudo revelar al hombre primitivo verdades de orden trascendente, intuición en que acaso no se ha insistido lo bastante.

¡Aguja imantada de la especie, en el laberinto biológico! Es maravillosa, metafísica. Es percepción en un estado psíquico diferente de lo que llamamos inteligencia, visible en la extraña ciencia del himenóptero, verbigracia el *sphex*, que sin saber anatomía, hiere con sus puñaladas infalibles los centros locomotrices de sus víctimas al sólo efecto de paralizarlas. Voluntad, dice Schopenhauer, que empuja a la tortuga, al romper su cascarón, ¡hacia el agua que no ve! y guía al gran Pavón, en su orientación sexual, a la campana del entomólogo donde está cautiva la prometida de su destino, o alza a la valisneria *spiralis* del fondo del Ródano, al nivel de la corriente para recibir en el polen ansioso el beso heroico que dice Maeterlinck, o volver a su mansión azul, llevando en el temblor de ese beso el genio de la especie. Se trata de un estado magnético igual al del sonámbulo profético, clarividencia más desarrollada en ciertas razas virginales que en las gastadas por la civilización, perentoria afirmación de Hegel en su *Filosofía del espíritu*, p 407,

El citado Maeterlinck, el poeta de los enigmas inquietantes, parece ponerse en la verdad cuando inculca que la esfinge que él llama «El huésped Desconocido», intuición inspiradora y mucho más, reveló a ciertas razas primitivas sorprendentes secretos terapéuticos. Ducidamente «hay en el hombre cosas más profundas que su pensamiento».

MANUEL DOMÍNGUEZ

Vesperal

Esfumáronse los últimos destellos
de una diáfana tarde de verano
que tenía el mismo color de tus cabellos
y la dulce tristeza de tu piano.

Aquietóse el ramaje en la presencia
de vagos aromas vespérales,
que me hablaron de tu larga ausencia
y de tus dulces ojos astrales.

Mientras al caminar evocaba tu silueta
—delicada, espiritual y fina—
en mis manos se prendió la inquieta
sombra, con agilidad de serpentina.

Allá muy lejos, se aclaró la montaña
al asomar la luna... Y yo sentí
una profunda emoción extraña
y el deseo de tejer una estrofa para Ti.

CLARA DIANA

San José, Costa Rica, 1924.

De los poemas pesimistas

(YO SOY MARIA ESTUARDO)

Me pondré mi vestido negro de terciopelo,
mi vestido de cola trágicamente larga,
ahora que es un cielo sin estrellas, mi cielo
y una carga de pesos redoblados, mi carga.

Yo soy María Estuardo, perros innumerables
me ladran, soy el vaso de la amargura plena,
mudas hoy para siempre, las voces deleitables
de mi querida Francia, de mi dulce Lorena.

Y como ella protesto. diciendo: Reina ungida
yo soy y con derecho, soberana Señora;
tejeré con hilos deshechos de mi vida
un pañuelo de signos; y a Sor Luz de la Aurora

le diré: ¡Buenos días! mi muy querida Hermana,
siempre tímida, monja de siete velos, fiel
discípula de Cristo, vale mas tu mañana
que los ojos nocturnos de mi prima Isabel.

Me pondré mi escofieta, la que tanto recelo
inspiró a Catalina de Médicis mi suegra;
y a manera de frailes dominicos, mi velo
blanco sobre la noche de mi túnica negra.

Me pondré mi escarcela de encajes, nubecilla
del cielo de mi esposo Don Francisco Segundo,
tímida vela blanca de mi frágil barquilla
para cruzar los mares amargos de este mundo.

Me pondré mi collar de perlas candorosas
y deslumbradas, como los cuentos de camino.
en un mes, cuántos viernes, semanas dolorosas
van con la cruz a cuestras. Son reflejo divino

de la pasión de Cristo, mis perlas deslumbradas.
El collar de la Reina, el collar de las fiestas
tiene las aguas vivas, profundas y encantadas
de las siete palabras y de la cruz a cuestras.

Es ella matutino cielo de primavera,
de mí, dicen que dijo nuestro Pedro Ronsard;
hoy diría qué noche más larga, sin manera
y qué invierno más pleno de llorar y llorar.

El hacha, doce varas, verdugos y tiranos
innumerables, ¡Reina de las flores de lis!,
y víctimas que pasan abatidas las manos
y pecados en Londres, Edimburgo y París.

Me pondré mi vestido negro de terciopelo,
mi vestido de cola trágicamente larga,
ahora que es cielo sin estrellas, mi cielo
y una carga de pesos redoblados, mi carga.

A. H. PALLAIS,
Presbítero.

León, Nic. 12 de Enero de 1925.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de
oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443